

RESEÑAS

Anales de **Literatura Hispanoamericana**
ISSN-e 1988-2351

<http://dx.doi.org/10.5209/ALHI.62755>



EDICIONES
COMPLUTENSE

Ette, Ottmar. *Filología polilógica. Las literaturas del mundo y el ejemplo de una literatura peruana transareal*. Traducción de Vicente Bernaschina Schürmann. Granada: Universidad de Granada, 2017, 204 páginas.

La colección “Filosofía y pensamiento” de la Universidad de Granada acaba de publicar, con traducción de Vicente Bernaschina, este ensayo de 2013 del profesor alemán Ottmar Ette, uno de los nombres imprescindibles dentro de las teorías literarias contemporáneas y, también, en los estudios de las literaturas románicas, en particular, la francesa, la latinoamericana y la caribeña.

Filología polilógica constituye un espléndido ejemplo de esta doble vertiente pues nos ofrece, a la vez, una perspectiva teórica novedosa y de enorme riqueza para el acercamiento a las literaturas latinoamericanas del siglo XXI (aunque también, tal como se demuestra en este libro, de épocas anteriores y aún de otros lugares), y un recorrido original, agudo y radicalmente contemporáneo por la literatura peruana transareal y algunos de sus textos más relevantes.

A través de sus varios capítulos, pueden delimitarse dos partes en este libro, la primera, eminentemente teórica, que define y explica los “Estudios Transareales”, y una segunda, en la que esta teoría es aplicada en diversos “Estudios transandinos”.

En la primera parte, el profesor de la Universidad de Potsdam expone su teoría de la Filología polilógica, teoría que se construye a partir de la reelaboración de los aportes de diversos, y múltiples, maestros, como Goethe, Nietzsche, Dilthey, Humboldt, Barthes o Deleuze, por mencionar algunos de los más significativos. El libro comienza con un exhaustivo análisis del *bestseller* del historiador escocés, representante de la *Global History*, Niall Ferguson, *Civilization. The West and the Rest* (2011), sobre la predominancia de Occidente. En su análisis, Ette nos hace ver el concepto de “civilización” (y de “Occidente”) construido por Ferguson, como “no científico”, sino “principalmente afectivo” (21 y 26), por las relaciones vectoriales y los vínculos que establece con el pasado, y que Ette rastrea, y por esa dimensión “orgullosa”, basada en las seis “killer applications” de los valores occidentales, que constituyen motivo de orgullo en las elaboraciones del escocés: competencia, ciencia, derechos de propiedad, medicina, sociedad de consumo y ética laboral (22). El Occidente de Ferguson es, además, nos dice Ette, un Occidente que habla “una única lengua” (25), el inglés, que intenta asegurar sus propias fortalezas en tiempos de amenaza y desafío a su hegemonía y que funciona desde la lógica de “concebir las civilizaciones y culturas bajo el signo de conflictos y guerras y no bajo el signo de una convivencia posible” (27).

En oposición a los planteamientos de Ferguson (y de otros teóricos occidentales), Ette propone una epistemología diferente, dirigida hacia “un

convivir en diferencia y en paz” (27), que se opone a la idea de la superioridad de Europa y Occidente frente a las supuestas periferias, que rechaza lo monolingüe y lo monológico y, aún, lo dialógico (pues no se trata, tampoco, de la perspectiva de las “historias cruzadas”, también examinada en este libro); y que apela, por el contrario, a lo polifónico y a lo polilógico, a lo transnacional, a la permeabilidad entre los centros y las periferias, a lo (intencionalmente) vectorial, relacional, por encima de lo estático.

La epistemología propuesta por Ette se enmarca dentro de los campos de las llamadas “literaturas del mundo” y los *TransÁrea Studies* (Estudios Transareales). Señalemos, de modo escueto, que los *TransÁrea Studies* dan cuenta de las literaturas del mundo, y se centran en “aquellos procesos de intercambio y transformación que a escala global se desenvuelven directamente entre diversas áreas culturales sin la mediación central e instantánea de Europa” (119-120). El enfoque transareal propone asimismo una perspectiva “histórico-móvil” (74) y apunta, de este modo, “hacia los movimientos, intercambios y procesos de transformaciones mutuas”, hacia “los caminos más que los espacios”, hacia “las relaciones y comunicaciones más que los territorios” (75). Dentro de esta perspectiva transareal, resulta básico el concepto de “paisajes”, que pueden definirse, de modo sucinto, como “imágenes móviles y de movimientos del imaginar y del pensar, del escribir y del vivir” (49). Pero, además, y no hay que perder de vista este aspecto fundamental, dentro de esta perspectiva transareal se concibe también la literatura como literatura “vívida”, y con una indudable dimensión ética: literatura, así, con-vívida, que nos habla de la convivencia de las lenguas, de las lógicas, de las culturas. Así, los “paisajes” son, en última instancia, “paisajes que abarcan el mundo” a través de “una relacionalidad vívida” (77).

En la segunda parte, el autor se encarga de mostrar y ejemplificar los resultados de la aplicación de esta perspectiva, a través de un singular recorrido por lo que es posible llamar tanto “paisajes literarios”, y artísticos, transareales de la literatura peruana, como “paisajes de la teoría”. Se trata, en concreto, de ciertos paisajes transandinos, “internos” y “externos”, pertenecientes a distintas fases de la globalización y contruidos por autores disímiles, peruanos en su mayoría, pero también *extranjeros*, pues, como afirma el autor, “ninguna filología nacional posee la prerrogativa para otorgar los sentidos en ‘su’ literatura respectiva” (72). Así, estos “paisajes” son algunos que se construyen en *La terre magnétique. Les errances de Rapa Nui, l’île de Pâques* (2007), del martiniqueño Edouard Glissant; en los *Comentarios Reales* (1609), del Inca Garcilaso de la Vega; en el cuadro biombo “Genealogía de los Incas” (1837), del pintor de la Escuela de Cuzco Marcos Chillitupa Chávez; en la tercera edición de *Ansichten der Natur* (1849), de Alexander von Humboldt; en la novela *Aves sin nido* (1889), de Clorinda Matto de Turner; en *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), de José Carlos Mariátegui; en *El sueño del celta* (2010), de Mario Vargas Llosa y en *Lost City Radio* (2007), novela escrita en inglés por el peruano-estadounidense Daniel Alarcón. Se muestra así una muy diversa constelación de paisajes, polilógica y políglota, y también circular, pues termina donde mismo comienza.

Sería de gran interés aludir a cada uno de estos paisajes transandinos; sin posibilidad de hacerlo en este breve espacio, me limito a indicar algunas ideas sobre uno de ellos, el referido a los *Comentarios* y al Inca; de este último destaca

el autor su “convivir proyectado”, su capacidad de “pensar simultáneamente en diversas lógicas” y de “vivirlas” (101), y de crear un texto donde “Cuzco no se vuelve un espacio de lo propio o de lo otro, sino un espacio de *movimientos* y *mociones* de lo propio en cuanto otro y simultáneamente de lo otro en cuanto propio: en su movimiento, el lexema *otro* no puede detenerse nunca más. No está por una identidad sólida ni por una alteridad fija” (101).

Considero que este excelente y estimulante estudio del autor de *Literatura en movimiento* supone una apuesta por cierto sentido de lo contemporáneo destacado por Agamben, ser contemporáneo del devenir histórico. Pero este libro constituye, además, y tal vez más que cualquier otra cosa, una defensa y una apuesta por la literatura (o acaso, mejor, por las literaturas), en una época histórica globalizada en que esta disciplina atraviesa, sobre todo en Estados Unidos (pero no solamente), procesos de “marginalización”, “devaluación” y “exclusión” (60). Una apuesta sabia por la literatura; que es simultánea, e intencionalmente, racional y afectiva, que utiliza métodos y herramientas que van más allá de la propia literatura, pero que acaban presentándola como ese saber que se anticipa a otros saberes, ese saber intertextual, que es capaz, también, de contener muchos otros (de distintas disciplinas, épocas, lugares); un saber que “no se deja”, sin embargo, “disciplinar” (70), que “se conserva, pero no se momifica” (66) y que, con sus procesos “ritmados” (73), perdura “más que las culturas y lenguas, arquitecturas y estructuras, epistemologías y arqueologías” (70). Como dice el autor: “La literatura es, porque es más de lo que es” (60). Literatura, en fin, parece decirnos Ottmar Ette, que es, o puede ser (si sabemos mirar, si sabemos leer) una especie de *Aleph* borgiano no estático sino dinámico (“Todo está vinculado con todo”, 80), desde el que pensar, vectorialmente y en movimiento, nuestro mundo; o, mejor, desde el que se hace posible la “legibilidad del mundo” (68) y que nos ofrece, además, “un saber de la vida en la vida para la vida” (61).

Milena Rodríguez Gutiérrez
 Universidad de Granada
 milena@ugr.es